

Francesco Sacchini

Exhortación y Preceptiva para los maestros de las escuelas inferiores de la Compañía de Jesús

Edición bilingüe preparada por Javier Laspalas Pérez y Alejandro Martínez Sobrino

Madrid, UNED, BAC, 2017, 537 + LXX p.

ISBN 978-84-362-6473-9; 978-84-220-1944-2

David Martín López

Universidad de Castilla-La Mancha,

Grupo de Investigación «DeReHis (De Re Hispanica)»

david.mlopez@uclm.es

Habitualmente, las ediciones críticas no suelen tenerse demasiado en cuenta, siendo concebidas como un producto secundario de la labor del investigador. Esto resulta claro desde el ámbito burocrático que rodea al mundo de la investigación. De hecho, si tomamos en consideración los criterios oficiales de evaluación de las actividades científicas, la preparación de ediciones de textos no suele equipararse a la realización de monografías o de artículos. Sin embargo, eso no quiere decir que no sean elementos importantes para la investigación ni que tengan su relevancia práctica en el mundo académico. Para los profesionales de la historia, la lengua, la filosofía, etcétera, textos como el que se presenta en estas páginas resultan de lo más útil por todo lo que significa su contenido y por las aportaciones de sus páginas, aparte del reconocimiento que se le concede al esfuerzo de buscar, localizar y estudiar un manuscrito u obra impresa. Como demuestra el ejemplo de los profesores Laspalas Pérez y Martínez Sobrino, las ediciones de textos son trabajos que van más allá de la mera transcripción y se adentran en el conocimiento del autor, sus intenciones y los medios empleados para la transmisión de conocimientos. Además, lo más importante es que en la mayoría de las ocasiones dan a conocer textos perdidos, abandonados o que en su momento no recibieron la atención suficiente y merecen ser recuperados. El caso que presentamos en estas páginas responde perfectamente a estas circunstancias. Los manuales didácticos del jesuita Francesco Sacchini han pasado inadvertidos tanto en el conjunto de su obra frente a la Historia General de la Compañía iniciada por su compañero Orlandini, como en la literatura jesuita de corte educativo.

Como acabamos de referir, una de las contribuciones de Laspalas y Martínez, profesores de las universidades de Navarra y País Vasco, respectivamente, es recuperar la figura de Francesco Sacchini. El jesuita de Paciano (Perugia, Italia) es bien conocido por los que conocemos y estudiamos la Compañía de Jesús, pues se trata del religioso que culminó el primer proyecto historiográfico de la Orden. Él firmó como autor los volúmenes de la Historia General jesuita dedicados a los gobiernos de Laínez, Borja, Mercuriano y Acquaviva. También es conocido que murió siendo el secretario del general Vitelleschi, cuando las obras editadas todavía no habían salido camino de la imprenta. Los editores exponen que a la muerte del jesuita en 1625 ambos textos no se habían terminado y permanecían en los últimos estadios de la revisión y los últimos retoques. En este punto radicaría otro de los factores destacados de la edición, el de analizar un texto póstumo y sin concluir, a pesar de las diferentes ediciones que tuvieron ambas obras a lo largo del siglo xvii y del influjo a lo largo del siglo xix, incluso después de la supresión de 1773. Porque la edición en el mismo volumen de ambos tratados, la Exhortación (*Protrepticon*) y la Preceptiva (*Paraenesis*), no es casual, ya que responde a la forma en que fueron impresos originalmente en Roma (1625), así como en las posteriores de Dillingen, Lyon, Lovaina y Praga, entre los años 1625 y 1677. Solo se separaron en la edición de Douai de 1667, en la que solo se imprimió la Preceptiva.

El gran valor de la publicación reside en dar a conocer unos tratados que estaban dirigidos expresamente a los miembros de la Compañía de Jesús, por lo que rara vez traspasarían las fronteras de la Orden. Solo los religiosos ignacianos y posteriormente los investigadores dedicados al ámbito de la acción educativa han accedido a las palabras de Sacchini o se han interesado por ellas. Aparte de eso, hay que reconocer que el uso del latín ha sido otro de los obstáculos para su consulta. Gracias a esta edición bilingüe, los manuales de Sacchini para los maestros de primeras letras llegan a un público más amplio y podrán utilizarse con mayor facilidad por parte de los investigadores de la educación y la didáctica social jesuitas de época moderna. Este aspecto viene favorecido por el propio formato material de la edición, puesto que, a pesar de constar de 540 páginas, aproximadamente, es un libro de fácil manejo.

La edición de Laspalas y Martínez se basa en la publicada en Gante (1874). Que esta sea la más reciente, justifica claramente lo necesaria que era su publicación. A pesar de que el texto traducido responde a una actualización de determinadas expresiones en desuso, en todo momento han tratado de respetar la riqueza y variedad del léxico que caracterizó la obra de Sacchini. No obstante, el texto está acompañado de una serie de anotaciones a pie de página en las que se explican esas expresiones anticuadas. Junto a ello, la edición refleja formalmente un considerable esfuerzo por parte de Laspalas y Martínez por señalar las fuentes empleadas en cada momento por parte del jesuita, tanto las que aparecen en los originales impresos, como las que no.

Los textos de Sacchini que se presentan en estas páginas son una muestra de la labor didáctica que trataron de desarrollar los jesuitas en la sociedad. Re-

sulta simple pensar que la Compañía de Jesús fue una orden educativa por el simple hecho de que fundaron infinidad de colegios por todo el orbe. También porque desarrollaron métodos/programas de enseñanza tan efectivos como la *Ratio Studiorum* y el resto de documentos que ocupan el *Monumenta Paedagogica*. Es innegable que ese moderno plan de estudio y su implementación en las aulas jesuitas fueron la principal representación de ese carácter, pero su didactismo iba más allá de ellas, como demuestran los tratados de Sacchini, entre otros. Sus enseñanzas no se limitaban a la adquisición de conocimientos, sino que se hacía hincapié en que, además, fueran útiles para el individuo y la sociedad. No se trataba de una utilidad como la de hoy en día en la formación de profesionales y empleados que se integran en el mundo laboral. En la Edad Moderna, la utilidad de los estudios para los jesuitas estaba relacionada con la formación integral del individuo que también había defendido el Humanismo a principios y mediados del siglo XVI. El conocimiento era beneficioso para el ser humano en tanto en cuanto formaba parte de su ser y le preparaba para convertirse en buen ciudadano (católico) que llevara a cabo un comportamiento virtuoso en su vida cotidiana. En ambos tratados, pero sobre todo en la *Paraenesis*, Sacchini le daba importancia al *decorum* ciceroniano con la intención de, en palabras de los editores, «cristianizar y moralizar un código de conducta». Por otra parte, el jesuita italiano se sitúa en la misma línea que otros *socios* contemporáneos, al señalar que todo acto diario, por profano e insignificante que pudiera ser, era una ocasión para llevar una vida virtuosa y ejemplar, digna de la santidad y la salvación eterna. De este modo, los jesuitas observaban todo acto que se llevara a cabo en sociedad como una ocasión para desplegar su proyecto didáctico y llegar a todos los estratos e individuos posibles. En este sentido, los tratados de Sacchini se presentan como fundamentales porque iban dirigidos a aquellos miembros de la Compañía ocupados en formar y dirigir las mentes infantiles, que se presentaban como las más proclives al pecado. Esa debilidad concedía a los maestros de primeras letras un papel trascendental en el ámbito educativo.

Tal y como reconocen Laspalas y Martínez en su introducción, la cuestión de fondo que se encontraba en las páginas de Sacchini y del resto de jesuitas relacionados con el mundo docente era desentrañar «cuál era la meta última que perseguían al fundar colegios y cómo se integraba la formación intelectual que proporcionaban en el conjunto de su labor formativa». De este modo, tanto la *Exhortación*, como la *Preceptiva*, eran manuales dirigidos a presentar a los maestros jesuitas cuál era el modelo a desarrollar en las aulas. No se habla en sus páginas de los contenidos exactos que debían impartir, salvo el caso de la Gramática (latina y griega) y los relativos a religión católica. Para eso ya se había aprobado (e impreso) en 1599 la *Ratio Studiorum*. Las páginas de Sacchini iban dirigidas al maestro, al que se mostraba de qué manera debía desenvolverse en el aula. No solo era necesario que estuviera bien preparado y tuviera amplios conocimientos sobre la materia de su docencia, sino que también debía conocer los «entresijos

didácticos y también los principios teológicos, antropológicos y educativos» que la sostenían.

Las obras del jesuita que podemos consultar en esta edición tenían como principal objetivo proporcionar nociones de didáctica que facilitarían las cosas al maestro en su día a día como docente. Así, vemos capítulos que tratan, por ejemplo, «sobre el oficio del maestro», «con qué recursos despertará el interés de los niños», «de qué modo promoverá el progreso en las letras», «de qué modo se ha de fomentar el progreso de los discípulos» (Preceptiva, capítulos 2, 6, 7 y 19, respectivamente). En relación a este último aspecto, también se dedican diferentes capítulos a mostrar al maestro la importancia de la interrelación entre los diversos agentes educativos para una correcta educación: el niño no solo aprende en el aula, sino que también entran en juego los conocimientos, comportamientos, actitudes que adquiere fuera de ella, como se presenta fundamentalmente en la segunda parte de la Exhortación, sobre todo en los capítulos 6 y 7 («La utilidad que recae en los padres y los familiares de los niños» y «la utilidad que se extiende a la vecindad y al conjunto de la ciudad»).

El didacticismo de Sacchini parte del propio sujeto educativo, puesto que si no se conocen las características del discente al que se va a dirigir el maestro, difícilmente este conseguirá su objetivo. En este sentido, no solo hace referencia a la debilidad ya mencionada, que viene acompañada de la docilidad y la curiosidad, características que pueden desembocar en adolescentes y adultos pecadores si no se corregían desde el principio. De la misma forma, se aportaba el contrapunto que le concede a la niñez la virtud de la inocencia, que le servía a Sacchini para establecer similitudes al maestro con oficios como el de agricultor, pastor, pintor, grabador, escultor..., aunque en un nivel inferior: «los artistas dan forma a la vulgar materia inerte, mientras que el educador trabaja con los cuerpos y con las almas, cuyo valor es infinito». Ante todo, sin embargo, en esta labor de creación no podían imponer y transformar la propia naturaleza del niño, sino que se planteaba la necesidad de reconducir su especificidad y carácter por el buen camino, de un modo «apropiado a su naturaleza», favoreciendo el despliegue de su propio ser, de sus intereses innatos, «siendo la meta última despertar la conciencia personal de cada niño y colocarlo en situación de formarse mediante sus propias acciones y experiencias».

Habiéndose presentado quién se encontraba al otro lado del aula, el jesuita situaba la educación en una posición preponderante de la constitución del ser humano, ya que lo liberaba y salvaba de sus carencias, «de las asechanzas de un mundo hostil y de la pérdida de la vida eterna». Siempre considerando el factor religioso como el aspecto culminante de la vida humana, presentaba tres procedimientos que debía llevar a cabo el maestro con sus alumnos: la adquisición de la cultura, la asunción de los principios religiosos y morales, y la iniciación en la práctica de las virtudes. Para desarrollar estos procesos, Sacchini da una serie de claves al docente, empezando por la efectividad que supone la imitación, por lo que debe presentarse en todo momento como un dechado de virtudes, un

espejo en el que los alumnos puedan mirarse y aprender correctamente, no solo los contenidos, sino, sobre todo, un modelo de conducta. Junto a ello, el trabajo continuo, aprovechar el tiempo y esquivar las distracciones para luchar contra la ociosidad, la cual desembocaría en la falta de preparación de las clases y, en última instancia supondría el deterioro de las enseñanzas y el desvío de sus pupilos.

Como vemos, estas breves pinceladas sobre el contenido de los tratados educativos de Francesco Sacchini ponen de manifiesto lo que exponíamos al principio de estas líneas, resaltando la idoneidad de la edición realizada por Laspalas y Martínez. La publicación no solo pone a disposición de los investigadores unos destacados textos sobre la forma en la que se producía el proceso de adquisición/enseñanza de conocimientos primarios en la Edad Moderna. Muestra la modernidad que hubo en los procedimientos desarrollados por los jesuitas desde el siglo XVI, que, salvando las distancias, todavía hoy día siguen teniéndose en consideración y están de actualidad en el ámbito de la didáctica.



